

Luis Bodoque

PONENCIA: **Fundamentos de la capacidad empática**

El cerebro de las diferentes especies, a lo largo de la evolución, ha ido incrementando las áreas de asociación de la corteza (Gray, 2002), elevando el correspondiente índice de “encefalización” (Cairó, 2011). Ello fue demandando una ampliación progresiva de la capacidad craneal que, paralelamente con la bipedestación y el inevitable estrechamiento, por razones estructurales, del canal pélvico –derivado del conocido “dilema obstétrico”– (Dunsworth et al., 2012; Rosenberg y Trevathan, 1995; Trevathan, 2015; Wittman y Wall, 2007), añadió una altricialidad neoténica a otra, previamente establecida, adquirida por mera adaptación (Burciaga-Hernández, 2016).

Consecuentemente, se fueron produciendo significativas carencias, en cuanto a la creación de esquemas específicos neuronales preconfigurados, en las últimas fases del desarrollo embrionario, lo que generó una gran plasticidad o maleabilidad en la totalidad del sistema nervioso. Por consiguiente, la transmisión intergeneracional de pautas vitales esenciales, en las primeras etapas del desarrollo, mediante protocolos genético-instintivos, tales como la “impronta” (Lorenz, 1988), no pudieron perpetuarse (Montagu, 1961) ya en redes neuronales, como éstas, con un elevadísimo grado de inmadurez. Dicha estrategia evolutiva tuvo, por lo tanto, que ser reemplazada, en un determinado momento, por tácticas de tipo mimético, en las que los “memes” sustituyeron a los genes (Blackmore, 2000; Dawkins, 1976), actuando ya en estadios tempranos postnatales gracias a las denominadas “neuronas espejo” (Rizzolatti y Craighero, 2004), encargadas de traducir, en actos propios, movimientos ajenos observados.

A partir de ahí, la sensación del cuerpo guiaría los movimientos y, precisamente la detección de tal movimiento es el que, a su vez, genera dicha sensación, creándose una especie de “bucle extraño” (Hofstadter, 1987), al producirse una completa integración sensoriomotora, que da origen a una de las cualidades fundamentales de toda conciencia, que es su intencionalidad (Brentano, 1874; Heidegger, 1927; Husserl, 1979; Ortega y Gasset, 1973; Rodríguez Cobos [Silo], 1990; Sartre, 1984; Searle, 1992).

Eso se traduce, en comportamientos genéricos que constituyen ineludibles posicionamientos que conforman una estructura que podríamos denominar “sujeto-objeto” (Sartre, 1984), “correlación noético-noemática” (Husserl, 1979) o “acto-objeto” (Rodríguez Cobos [Silo], 1990). De hecho, las neuronas especulares, no reaccionan frente a simples movimientos carentes de sentido y se

activan únicamente en presencia de tales binomios (Gallese, 2011), siendo ellas, a su vez, las responsables de esa incipiente capacidad empática motriz o aflictiva que, más adelante, escalará a un nivel emocional e, incluso, cognitivo (Davis, 1980; Decety y Jackson, 2004; Preston, 2007), vinculadas con ese fenómeno que conocemos como “Teoría de la Mente” (ToM) (Flórez Romero et al., 2011; Padilla-Mora, 2007; Zegarra-Valdivia y Chino Vilca, 2017).

No obstante, un psiquismo integral, de tal envergadura, no es capaz ya de responder en función de un simple estímulo y, por el contrario, ha de operar necesariamente a partir de una matriz compleja de datos. Es de esperar, por consiguiente, que una limitada capacidad perceptiva y/o atencional, incapaz, en principio, de aprehender el “mundo” en su totalidad, genere oquedades cognitivas, expresadas en forma de ambigüedades, que, de persistir, podrían llegar a desestabilizar y desorientar cualquier conciencia, considerando esa específica necesidad, que posee, de articular una organización coherente del “mundo”. Esa carencia es compensada mediante inferencias cognitivas automáticas (Helmholtz, 1867), elaboradas a partir de la actualización de contenidos extraídos de la memoria.

Se supone que la “empatía” es una peculiar destreza propia que nos permite “colocarnos en el lugar del otro”. Así, en un alarde de contorsionismo mental, solemos apelar a una suerte de vaga intuición, combinada con un intento de conexión con una supuesta habilidad para descifrar el lenguaje corporal ajeno, mientras nos preguntamos qué haría uno si fuera aquel en su misma “situación”. Pero resulta que “el lugar” del otro no son sus circunstancias porque frente a una misma coyuntura, personas distintas pueden actuar de manera diferente.

Los primeros acercamientos –mínimamente rigurosos– orientados a comprender en qué consistía la habilidad empática, procedieron del campo de la fenomenología. En principio, se trataba, simplemente, de un desesperado intento por evitar precipitarse por el abismo “solipsista” kantiano, al que parece conducirnos, sin remedio, esa reducción característica que emplea esta corriente de pensamiento como método.

Como ya hemos señalado, el otro aparecerá, en la recreación mental que efectuemos de él, como una especie de impermeable caparazón hueco, con la correspondiente ventana de Johari completamente entornada. No obstante, existiría, sin embargo, cierta posibilidad de intersubjetividad, a través de un proceso denominado concordancia (o acoplamiento) por analogía (Alves, 2012), establecida con respecto a la figura de ese estereotipado “alter-ego” (Husserl, 1979).

De ese modo configuro el universo cognitivo ajeno, a través del propio, de un modo directo o pre-reflexivo, gracias a ese proceso inferencial cognitivo automático anteriormente descrito. Es decir, ni una supuesta “teoría de la teoría” (Rabossi, 2000) adquirida por aprendizaje, ni esa capacidad que poseemos para efectuar simulaciones mentales a conciencia (Goldman, 1993; Gordon, 1992; Heal, 1994) –origen de nuestra inteligencia–, son las responsables de tal acceso. Todo se reduce a la activación parcial de un patrón neuronal concreto –gracias a las neuronas especulares (Gállese, 2011)– vinculado a una estructura “acto-objeto” percibida, rematada con inferencias automáticas susceptibles de activar las regiones neuronales restantes, necesarias para configurar plenamente un patrón que constituiría un atractor extraño, dentro de la dinámica propia de un sistema nervioso no lineal o complejo (Bartels & Zeki, 2006; Bertalanffy, 1950; Keppler, 2012).

En definitiva, si soy perfectamente capaz –y lo soy, gracias a las neuronas especulares o canónicas (Gállese, 2011)– de emplazarme, en relación a mi futuro inminente, “apuntando” con una tendencia idéntica a la que el otro me deja entrever, mi propia interioridad –completada mnémico-inferencialmente a partir de la intencionalidad (manera de “estar en el mundo”) correspondiente a tal reubicación– coincidirá necesariamente con la de aquel. El que nuestro funcionar psicofísico sea de carácter integral (enactividad, corporización) (Álvarez, 2017; Bedia y Castillo Ossa, 2010; Hutto, 2013; Hutto y Myin, 2013; Varela, Thompson y Rosch, 1991), implica que los estados mentales y emocionales, asociados a una determinada acción, conforman una única estructura específica. Es decir, cuando actuamos de una manera parecida a otro, sentimos y pensamos de un modo muy similar.

Naturalmente, la dificultad más importante a la hora de comprender enfoques alternativos al propio sobreviene precisamente en las situaciones de naturaleza conflictiva. Resultará previsiblemente probable que, al seguir el protocolo introspectivo descrito, se manifieste cierta reticencia, por nuestra parte, a aceptar que se ha obrado alguna vez de ese modo que tanto uno detesta. En definitiva, el rechazo visceral hacia ese comportamiento suele ser directamente proporcional a la resistencia a reconocerlo también como propio. En la psicología «jungiana» ese acervo de elementos negativos personales no asumidos se denomina «sombra» (Jung, 2009). Reconciliarnos con nosotros mismos, comprendiendo las razones que nos llevaron a actuar de ese modo, en vez de proyectarlos, por completo, en el otro, estigmatizándole, nos permitirá humanizar a los demás y superar así cualquier vestigio de resentimiento o rencor al respecto.

Por consiguiente, tal vez deberíamos reformular conceptualmente el término “empatía”, precisando que dicha destreza no se logra “situándose intelectualmente en el lugar circunstancial del otro”, sino sintiéndose uno plenamente reflejado en él.

REFERENCIAS

- Álvarez, J. (2017). El enactivismo como superación teórica de la visión dualista y abstracta del cognitivismo. (Tesis de Licenciatura en Filosofía no publicada). Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado, Facultad de Filosofía y Humanidades
- Alves, P. S. (2012). Empatía y ser-para-otro. Husserl y Sartre ante el problema de la intersubjetividad. *Investigaciones Fenomenológicas*, 9, 11-38
- Bartels, A. & Zeki, S. (2006). The Temporal Order of Binding Visual Attributes. *Vision Research*, 46, 14, 2280–2286. <https://doi.org/10.1016/j.visres.2005.11.017>
- Bedia, M. G. y Castillo Ossa, L. F. (2010). Hacia una teoría de la mente corporizada; la influencia de los mecanismos sensomotores en el desarrollo de la cognición. *Ánfora*, 17 (28), 101-124
- Bertalanffy, L. Von (1950). The Theory of Open Systems in Physics and Biology. *Sciences*, 111, 23-29
- Blackmore, S. (2000). El Poder de los Memes. *Investigación y Ciencia*, 291, 44-53
- Brentano, F. (2020). *Psicología desde un Punto de Vista Empírico*. Salamanca. Spain: Ediciones Sígueme
- Burciaga-Hernández, L. A. (2016). Medios de Adaptación de los Seres Vivos. *BIOZ Revista de Divulgación UACB*, 1, 1
- Cairó, O. (2011). Medidas Externas de Cognición. *Fronteras en Neurociencia Humana*, 5, 108. <https://doi.org/10.3389/fnhum.2011.00108>
- Davis, M. H. (1980). A multidimensional approach to individual differences in empathy. *JSAS Catalog. of Selected Documents in Psychology*, 10, 85
- Decety, J. & Jackson, P. L. (2004). The Functional Architecture of Human Empathy. *Behavioral and Cognitive Neuroscience*, 3, 71-100
- Dawkins, R. (1985). *El Gen Egoísta*. Madrid. Spain: Salvat
- Dunsworth, H. M., Warrener, A. G., Deacon, T., Ellison, P. T., & Pontzer, H. (2012). Metabolic Hypothesis for Human Altriciality. *PNAS. Proceedings of the National Academy of Sciences*, 109,

38,15212-15216. <https://doi.org/10.1073/pnas.1205282109>

Flórez Romero, R., Arias Velandia, N. y Torrado Pachecho, M. C. (2011). Teoría de la mente en tareas de falsa creencia y producción narrativa en preescolares: Investigaciones contemporáneas. *Revista Colombiana de Psicología*, 20 (2), 249-264.

Gallese, V. (2011) Neuronas Espejo, Simulación Incorporada y las Bases Neurales de la Identificación Social. *Clínica e Investigación Relacional*, 5, 1, 34-59

Gordon, R. M. (1992). The Simulation Theory: Objections and Misconceptions. *Mind & language*, 7 (1-2), 11-34.

<https://doi.org/10.1111/j.1468-0017.1992.tb00195.x>.

Goldman, A. I. (1993). The psychology of folk psychology. *Behavioral and Brain Science*, 16 (1), 15-28.

<https://doi.org/10.1017/S0140525X00028648>

Gray, P. (2002). *Psychology*. New York, N. Y.: Worth Publishers

Heal, J. (1994). Simulation vs. theory-theory: What Is at Issue? *Proceedings of the British Academy*, 83, 129-144.

Heidegger, M. (2010). *Ser y Tiempo*. Madrid, Spain: Trotta

Hofstadter, D. (1987). *Gödel, Escher, Bach*. Barcelona. Spain: Tusquets

Husserl, E. (1979). *Meditaciones Cartesianas*, Madrid, Spain: Ediciones Paulinas

Hutto, D. (2013). Psychology Unified: From Folk Psychology to Radical Enactivism. *Review of General Psychology*, 17, 2, 174-178

Hutto, D. D. & Myin, E. (2013). *Radicalizing Enactivism: Basic Minds without Content*. Cambridge. MA: MIT Press

Jung, C. G. (2009). *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Buenos Aires: Paidós.

Keppler, J. (2013). A New Perspective on the Functioning of the Brain and the Mechanisms Behind Conscious Processes. *Frontiers in Psychology*, 4, 242.

<https://doi.org/10.3389/fpsyg.2013.00242>

Lorenz, K. (1988). *Estoy aquí, ¿Dónde Estás Tú?: Etología del Ganso Gris Silvestre*. Madrid. Spain: Siglo XXI

Montagu, A. (1961) *La Dirección del Desarrollo Humano*. Madrid, Spain: Tecnos

Ortega y Gasset, J (1973). *¿Qué Es Filosofía?*. Madrid. Spain: Espasa Calpe

Padilla-Mora, M. (2007). La teoría de la mente según el simulacionismo científico. *Actualidades en Psicología*, 21 (108), 39-58

Preston, S. D. (2007). A perception-action model for empathy (428-447). En T. Farrow y P. Woodruff (eds.), *Empathy in mental illness*. Cambridge: Cambridge University Press.
<https://doi.org/10.1017/CBO9780511543753.024>

Rabossi, E. (2000). La psicología del sentido común y la teoría de la teoría: algunas reflexiones críticas. *Éndoxa: Series Filosóficas*, 12 (2), 683-695 <https://doi.org/10.5944/endoxa.12-2.2000.4971>

Rizzolatti, G. y Craighero, L. (2004). The Mirror-Neuron System. *Annual Review of Neuroscience*, 27, 169-192

Rosenberg, K. & Trevathan, W. (1995). Bipedalism and Human Birth: The Obstetrical Dilemma Revisited. *Evolutionary Anthropology*, 4, 5, 161-168. <https://doi.org/10.1002/evan.1360040506>

Sartre, J. P. (1984). *El Ser y la Nada*. Madrid. Spain: Alianza Editorial

Searle, J. R. (1992). *Intencionalidad: Un Ensayo en la Filosofía de la Mente*. Madrid. Spain: Tecnos

Trevathan, W. (2011). *Nacimiento Humano: Una Perspectiva Evolutiva*. New Jersey. NJ: Transacción Aldine

Varela, F., Thompson, E. & Rosch, E. (1991). *The embodied mind. Cognitive Science and Human Experience*. Cambridge, US: The MIT Press

Wittman, A. B. & Wall, L. L. (2007). The Evolutionary Origins of Obstructed Labor: Bipedalism, Encephalization, and the Human Obstetric Dilemma. *Obstetrical & Gynecological Survey*, 62, 11, 739. <https://doi.org/10.1097/01.ogx.0000286584.04310.5c>

Zegarra-Valdivia, J. y Chino Vilca, B. (2017). Mentalización y teoría de la mente. *Revista de Neuro-Psiquiatría* 80 (3), 189-199. <https://doi.org/10.20453/rnp.v80i3.3156>